

VII.

LO INESPERADO INTERVIENE.

Clubin, sobresaltado, se quedó mirando.

Aquel era indudablemente el escollo aislado.

Era imposible equivocarse respecto de aquella silueta disforme. Los dos Douvres gemelos se levantaban horriblemente, dejando ver ante sí, como una trampa, su desfiladero.

Aquello parecía la ladronera del Océano.

Estaban muy cerca. La niebla les había ocultado, como un cómplice.

Clubin, en medio de la niebla, había equivocado el rumbo. No obstante toda su atención, le había sucedido lo

que sucedió á dos grandes navegantes; á Gonzalez, que descubrió el cabo Blanco, y á Fernandez, que descubrió el cabo Verde.

La bruma le habia estraviado. La bruma le habia parecido excelente para la ejecucion de su proyecto, pero tenia sus peligros. Clubin se habia desviado hácia el Oeste y se habia equivocado. El pasajero guernesiano, creyendo reconocer los Hanois, habia determinado la evolucion final.

Clubin habia creido encallar en los Hanois.

La Duranda, abierta por uno de los bajos del escollo, no estaba separada de los dos Douvres sino por algunos cables.

A doscientas brazas mas lejos, se percibia un cubo macizo de granito. En los bastiones escarpados se distinguian algunas estrías y algunos relieves á propósito para el escalamiento.

Las esquinas rectilíneas de aquellas rudas murallas cortadas en ángulo recto hacian presentir una meseta en su cumbre.

Aquel cubo macizo era el Homme.

La roca el Homme era mas alta aun que las rocas Douvres. Su plataforma dominaba su doble punta inaccesible. Aquella plataforma, que se desplomaba por los bordes, tenia un entablamento y no sé qué regularidad escultural. No se podia imaginar otra cosa mas aflictiva y mas funesta.

Las oleadas se plegaban tranquilamente ante las cua-

dradas superficies de aquel enorme peñon negro, especie de pedestal para los espectros inmensos del mar y de la noche.

Todo el conjunto estaba como estancado. Apenas se notaba un soplo en el aire, una arruga en la ola.

En aquella muda superficie del agua se adivinaba la vasta vida anegada de las profundidades.

Clubin desde lejos habia visto muchas veces el escollo Douvres.

Se convenció de que él era el que tenia á la vista.

No podia dudar.

La peripecia era brusca y horrible. Los Douvres en lugar de los Hanois. En vez de una milla, cinco leguas de mar. ¡Cinco leguas de mar! Imposible salvarlas á nado.

La roca Douvres, para el náufrago solitario, es la presencia, visible y palpable, del último momento. Prohibicion absoluta de llegar á tierra.

Clubin se estremeció.

Él mismo se habia metido en la boca de la sombra. No le quedaba mas refugio que el peñasco el Homme. Era probable que por la noche sobrevendria la tempestad, y zozobraría el bote de la Duranda, estando sobrecargado.

No llegaría á tierra ningun aviso del náufrago. Ni siquiera se sabia que Clubin habia quedado abandonado en el escollo Douvres. No le quedaba otra perspectiva que morir de frio y de hambre.

Sus 75,000 francos no le darian un bocado de pan.

Todo el andamio que habia levantado habia servido

para edificarse su ruina. Era el arquitecto laborioso de su catástrofe. No había recurso ni salvación posible.

El triunfo se hacía precipicio. En lugar de la evasión, la captura. En lugar del próspero porvenir, la agonía. En un abrir y cerrar de ojos, en el tiempo que tarda en desaparecer un relámpago, toda su construcción se había desplomado.

El paraíso soñado por aquel demonio había tomado su verdadera forma, el sepulcro.

Se había movido viento. La niebla, sacudida, taladrada, arrancada, se dispersaba por el horizonte dividida en informes pedazos. Todo el mar reapareció.

Los bueyes, mas y mas invadidos por el agua, seguían mugiendo en la sentina.

La noche se acercaba, y probablemente la tempestad.

La Duranda, movida poco á poco por la marea creciente, oscilaba de derecha á izquierda, después de izquierda á derecha, y empezaba á girar alrededor del escollo como alrededor de un eje.

Se podía presentir el momento en que una ola la arrancara y la arrastrara al fondo.

Había menos oscuridad que en el momento del naufragio. Aunque era mas tarde, se veía mas claro. La niebla, al marcharse, se había llevado una parte de la sombra.

El Oeste estaba enteramente despejado, sin una sola nube. El crepúsculo tiene un gran cielo blanco. Este vasto resplandor alumbraba el mar.

La Duranda había quedado encallada en plano incli-

nado de popa á proa. Clubin subió á la popa que estaba casi fuera del agua. Fijó en el horizonte su mirada.

Es propia de la hipocresía la esperanza. El hipócrita espera. La hipocresía no es mas que una esperanza horrible, y el fondo de aquella mentira se compone de esta virtud convertida en vicio.

Parece extraño que en la hipocresía haya confianza. El hipócrita se confía á no sé qué de indiferente en lo desconocido, que permite el mal.

Clubin miraba la estension.

La situación era desesperada, y su alma siniestra no lo estaba.

Él se decía que después de aquella larga niebla los buques, que bajo la bruma se habían quedado al paio ó anclados, emprenderían de nuevo su camino, y alguno tal vez se descubriría en el horizonte.

Y, en efecto, apareció una vela.

Venia de la parte del Este é iba hácia el Oeste.

Al acercarse, se distinguió la complicación del buque. No tenía mas que un palo, y estaba aparejado de goleta. El bauprés era casi horizontal. Era un falucho.

Antes de media hora, costearía de bastante cerca el escollo Douvres.

Clubin se dijo: me he salvado.

En un minuto como aquel en que se hallaba, no se piensa por de pronto mas que en la vida.

Aquel falucho era tal vez extranjero.

¿Quién sabe si era uno de los buques contrabandistas

que iban á Plainmont? ¿Quién sabe si era el mismo Blasquito?

En tal caso, no solo salvaria la vida, sino que tambien la fortuna, y el encuentro del escollo Douvres, acelerando la conclusion, suprimiendo la necesidad de esperar en la casa encantada, desenlazando en alta mar la aventura, habria sido un feliz incidente.

Toda la certeza del éxito volvió á entrar frenéticamente en aquel ánimo sombrío.

Es cosa rara la facilidad con que los malvados creen que el buen éxito les corresponde, que se les debe como de derecho.

No habia qué hacer mas que una cosa.

La Duranda, barada en los peñascos, mezclaba su silueta con la de éstos, se confundia con sus dentellones, de los cuales era solo un lineamento mas; allí estaba indistinta y perdida, y no bastaria, en lo poco que quedaba de dia, para llamar la atencion del buque que iba á pasar.

Pero una figura humana, destacándose en negro sobre la blancura crepuscular, en pie encima de la meseta del peñasco el Homme, y haciendo señales de auxilio, seria sin duda alguna percibida. Se enviaria una lancha para recoger el náufrago.

El peñasco el Homme no se hallaba mas que á doscientas brazas. Alcanzarlo á nado era sencillito, escalarlo era fácil.

No habia un minuto que perder.

Estando en la roca la proa de la Duranda era de lo

alto de la popa, y del punto mismo en que se hallaba Clubin, de donde debia éste echarse al agua.

Empezó por echar una sonda, y reconoció que debajo de la popa habia mucho fondo. Las conchas microscópicas de framiníferos y de policistíneas que se pegaron en el sebo de la sonda estaban intactos, lo que indicaba que habia allí espacios muy huecos en que el agua, cualquiera que fuese la agitacion de la superficie, estaba siempre tranquila.

Clubin se desnudó, dejando su ropa en la cubierta. Ya encontraria otra en el falucho.

No conservó mas que el cinto de cuero.

Cuando se hubo desnudado, llevó su mano al cinto, lo sujetó bien, palpó en él la caja de hierro, estudió con una rápida mirada la direccion que tendria que seguir por entre las rompientes y las olas para ganar el peñasco el Homme, y despues, echándose de cabeza, se sumergió.

Como caia de muy alto, se sumergió profundamente.

Penetró muy á fondo por debajo del agua, alcanzó el fondo mismo, faldeó un momento las rocas submarinas, despues hizo un sacudimiento para subir á la superficie.

Entonces, sintió que le asian de un pie.